

ORACIÓN Y FE

XXIX Dom. C – 16-X-2022
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«¿Habrás fe en la tierra?»

Hoy el Señor nos exhorta a pedir a Dios. Así comienza san Lucas: **«Les decía una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer»**. Aquí orar equivale a pedir a Dios. Hay otras formas de oración, pero hoy Jesús habla de la oración de petición a Dios.

Ahora bien, la última frase del Señor nos da la clave para comprender la profundidad y el dramatismo de esta exhortación a orar: **«Pero, cuando venga el hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?»**. La pregunta busca un examen del propio corazón. Porque para orar es necesaria la fe. Repito sus palabras: **«Pero, cuando venga el hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?»**.

Jesús quería inculcar en aquellos que le escuchaban la necesidad de pedir sin desfallecer, pero veía sus corazones y seguramente en ellos veía incredulidad. Jesús ve también nuestro corazón, ¿qué ve en el nuestro: incredulidad o fe?

La fe nos enseña quién es Dios: nuestro Padre; y nos enseña a vivir como hijos: a esperarlo todo de Él. Y, por lo tanto, nos enseña a dirigirnos a él y a pedirle lo que necesitamos.

Primero, la fe nos enseña quién es Dios, nuestro Padre. Solo su amor le llevó a crearnos para que llegásemos a ser sus hijos y solo su amor nos hizo sus hijos en el bautismo, de su propia «familia», si puede hablarse así de la comunión que es la Trinidad. Nos hace hijos y nos alimenta con el pan de los hijos, con la Eucaristía, que solo los bautizados pueden comer. Y la grandeza de lo que significa ser hijos de Dios se manifestará cuando Cristo vuelva, tal como dice la Escritura: **«La creación entera aguarda expectante la plena manifestación de los hijos de Dios»** (Rm 8,19).

El juez de la parábola, siendo impío e injusto, termina por escuchar a la viuda. ¿Creéis que Dios no va a escuchar a sus hijos? ¿Creéis que después de haber querido que su Hijo derramase la sangre por vosotros, se va a desentender de vosotros, de vuestras necesidades, de vuestros sufrimientos? ¿O creéis que les hará esperar tanto que su alma, abatida, deje de orar y pierda la fe? No, rotundamente no. Es necesario que sus hijos perseveren en la oración y que aprendan a esperar pacientemente, pero Dios no les dará largas, no retrasará tanto sus dones que quien le pide desespere. Lo dice Jesús: **«Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar»**. Pero hay que pedir a Dios y no cansarse después de las primeras oraciones. Hay que pedir perseverando en la oración, con insistencia, como la viuda de la parábola.

Segundo, la fe nos enseña a vivir como hijos, esto es, a esperarlo todo de él y a pedirle todo lo que necesitamos y es bueno. No podemos pedir cualquier cosa. Conocemos la ley de Dios y conocemos el Evangelio y el Padrenuestro. Podemos distinguir lo que podemos y no podemos pedir a Dios. Y, además, debemos pedir también fiándonos de Dios, diciendo: «Te pido esto que creo que es bueno, pero tú

sabes más y conoces lo que es más beneficioso, hágase como tú veas que es mejor». Jesús lo hizo antes que nosotros: **«Padre, aparta de mí este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres».**

Por lo tanto, la fe es el corazón de la oración. Nos enseña a quién pedimos, a nuestro Padre, y nos enseña cómo pedir, con confianza.

Pero el hijo verdadero no solo pide con confianza, pide también con humildad; antes que imponer su propia voluntad quiere hacer la voluntad de su Padre. **«Mi alimento es hacer la voluntad del Padre»** (cf. Jn 4,24), les dice Jesús a los suyos. Y también nos dice: **«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas»** (Mt 11,29). A esta humildad nos ayuda la perseverancia. Si recibiésemos sin necesidad de perseverar en la oración, nos creeríamos una mentira diabólica: que Dios está a nuestro servicio y que los dioses somos nosotros. Nos haríamos hijos engreídos, soberbios con nuestros hermanos y soberbios con Dios, dignos de vivir con los diablos. La perseverancia nos enseña la verdad: que Dios nos da sus dones movido solo por su bondad y su amor; y que nosotros dependemos de Dios, que nuestra vida y los deseos más profundos del alma están en su mano. Nosotros no podemos asegurar para nosotros o para los nuestros las cosas verdaderamente importantes. ¿Quién puede asegurar a un hijo la vida dichosa? ¿Quién puede asegurar a un hijo la alegría, la paz del corazón, la virtud, el cielo, la vida eterna? La perseverancia nos enseña que las cosas que valen no podemos conseguirlas nosotros: solo podemos recibirlas de Dios. La viuda pedía por necesidad, sabía que dependía del juez. Nosotros debemos aprender a pedir con humildad, como pobres, porque realmente necesitamos de Dios y dependemos de él.

La perseverancia, la oración constante, agranda el alma que suplica a Dios, la hace más grande para acoger sus dones, la hace humilde y la purifica de los deseos que no son dignos del don de Dios. La perseverancia en la oración hace que una fe pobre se haga valiosa, se fortalezca y se haga meritoria. Pidamos con perseverancia, como la viuda.

¿Creéis que Cristo nos dice que pidamos con perseverancia, para luego no darnos? ¿Creéis que habla así para engañar a los infelices con falsas promesas? Pues pedid con fe cosas buenas, hasta el milagro. Perseverad en vuestra oración. Ocupad vuestro sitio delante de él y volved a vuestra petición un día tras otro y, si perseveráis con fe, veréis el milagro. Orad con fe, confiando en vuestro Padre. Y os hará justicia de las cosas que os oprimen, sean hombres o demonios, sean enfermedades u otras desgracias. La oración perseverante es escuchada. De una forma u otra, Dios la atenderá. Pidamos a nuestro Padre las gracias que necesitamos con fe, con humildad y con perseverancia.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.